EL ROMPEMONTES

LOS encajes de sombra,
de fuego y de verdor estremecidos,
esas puertas que quedan
entre encina y encina, y las ventanas
que hacen los matorrales
y las retamas en cancela,
cada una con su tenue cortina
replegada, esparcida, cambiante. Los tapices
o alfombras —como allí dicen las gentes,
aunque prefiero esteras por su sabor más duro—,
caminadas y siempre
resurgiendo de sí, con su dibujo
como el de la ciudad reflejada en el agua
—siempre igual, siempre nuevo—
con sus flecos de trigo, con su angustia
de nieve,
caída siempre sobre el mundo amargo.

Y el dolor de esta casa sin paredes,
siempre hollada, pasada a bayoneta,
a cerdo, a vaca, a hombre, cada día,
fugándose con aires ascendentes
e influyendo en las formas
y actitud de las altas pasajeras.
... O dolor quieto y áspero,
cuando las bridas quedan enganchadas
en las piedras y pies de la langosta.

Habitación para uno sólo
y que soporta a tantos,
cuantos con pies de cuero o naturales
formas de andar o de fluir penetran,
sin conocer el límite
que ver no pueden y que, sin embargo,
allí está como el muro
del beaterio, como la defensa
de la ciudad —o el continente
en el que el mar se estrella sin cesar—
y, por tanto, atraviesan

sin sentir unas piedras contra el pecho
ni uñas en las espaldas,
sin que una sola flecha o bala se dispare.

Y él, fluyendo con orden,
forzando pasos, entre verde carne
suavemente trazada,
acariciando con su ardor de plumas
el vástago, la hoja,
la frutilla incapaz,
las bayas núbiles.
Él, volando derecho,
de lado a lado, sin torcer su ritmo,
sin agotar su corazón de gota
de sangre levantada,
sin quemar de su pico
ni tan siquiera el breve murmurar.

Dueño él, día a día,
y también noche a noche, aunque oprimido
por la creciente marcha de la luna,
se escurre, se dibuja,
quiere ignorar al que invadió su claro
y turbado recinto.
Incluso a mí —burlándome
con el color sin fondo de su manto—
quiere esquivar, pasando casi al pie
de mis versos que nacen
tras él, que van de mata
en mata, de retama
en brotes y más tarde hasta los árboles,
para que nadie venga
a descuidar la paz, la luz, la casa
del diminuto rompemontes.



ÁNGEL CRESPO